7

LOS ÚLTIMOS POEMAS

Daniel Omar Favero

M
V
J

colección
Versos Aparecidos

Daniel Omar Favero nació en La Plata el 30 de julio de 1957. Militaba en la Juventud Universitaria Peronista y estudiaba Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Era poeta, apicultor, músico y obrero de la construcción. Fue secuestrado de su domicilio en La Plata el 24 de junio de 1977 junto con su compañera Paula Álvarez. Aún continúa desaparecido.

LOS ÚLTIMOS POEMAS

colección
Versos Aparecidos

LOS ÚLTIMOS POEMAS

Daniel Omar Favero

colección
Versos Aparecidos

Favero, Daniel Omar
Los últimos poemas / Daniel Omar Favero ; Director editorial: Roesler, Pablo / Editores literarios: Aiub, Juan; Inama Ramón Oscar y Tavernini Emiliano / Diseñado por Civit Luciana / Correcciones de Becerra, Clara / comentarios de Matías Facundo Moreno. - 1a ed. - La Plata : MEVEJU, 2023.
105 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-631-90009-1-7

1. Memoria. 2. Poesía Argentina. 3. Desaparecidos. I. Moreno, Matías Facundo, com. II. Título.
CDD A861

@2023, Favero, Daniel Omar.
Todos los derechos reservados

Editorial MeVeJu, 2023.

ISBN 978-631-90009-1-7
1000 ejemplares
Impreso en DiPIDE Dirección Provincial de Impresiones y Digitalización del Estado
Buenos Aires, en el mes de mayo de 2023.
Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

Mi amigo duerme lejos de su casa y enfermo
tiene que andar. No tiene más remedio que andar.
Lleva desolaciones en la boca y los ojos
y el pelo dolorido se le muere en la frente.

Dos recuerdos lo aprietan. Debe escalar el día
con su pareja trágica y apartar el odio
para seguir. No puede pronunciar claramente
la obligada palabra, pero entenderlo es fácil.

Parecen muy distintas las cosas, muy distintas
hoy, desde su experiencia: todo está preparado
¡Para un final y nadie se entera todavía!
Y es más inexplicable que nunca la ciudad.

Mi amigo desayuna y las cuatro paredes
aburridas y raras, las manos y la voz
y hasta los besos tienen un temblor inusual…
Hay una multitud detrás de sus dolores.

En la calle ilegal dibujé una serpiente
alerta y callejera, buscando a contramano
el regreso a mi casa. La sombra de los árboles
el farolito roto, toda la oscuridad.

Borró mis huellas. Vi lejanos patrullajes
sigilosos y esquinas con hombres arraigados.
Al cruzar la avenida me señalaron todas
las luces de mercurio (rutina solamente).

Mis bolsillos estaban vacíos. Y mis manos.
¡Quién iba a sospechar que el arma subversiva
iba en mi corazón! ¡Que el papel insurgente
eran recuerdos como ampollas sangrantes!

¡Los dueños del poder por las armas no tienen
hombres sino corderos con un miedo feroz!
Sin causas, sin proyectos. Y en la noche ilegal,
mientras tanto, los hijos del pueblo se deslizan.

"No esperen otra cosa de mí más que estas manos
constructoras de calles sin regresos, jugadas
de por vida y hambrientas de todo lo que existe
siempre para los otros. Acá me quedo yo.

¿No esperarán acaso pulcra sabiduría
buenos modales, finos estornudos de sangre
en invierno? No tengo vergüenza de decirles
que estoy muy preocupado por cosas más vulgares:

volver a casa es una. Otra es volver entero.
Otra, los treinta y uno con su escasez puntual.
Y ahora pueden, claro, llamarme subversivo,
marxista, drogadicto, mercenario, borracho.

Yo solo admitiré mi apodo y mis amigos
y algún título humilde: argentino, casado
y padre de unos cuantos y que grité de pibe
Viva Perón y ahora solo grito carajo".

Ana

Yo la tuve tan cerca, entre cerros pasados
que es dudoso el silencio y su llanura actual.
Es mentira que calla su intenso latido
y es mentira esa línea mortal del horizonte.

Yo siento cómo hierve su sexo con el mío
y sin embargo estamos terriblemente ausentes
y sin embargo todo en ella se derrumba
y hasta el recuerdo muere y esta es la última vez.

Muere y no sabe nada de mí, por ejemplo,
es tarde y la descifro como una vieja carta,
que ya no soy el mismo, que mañana es urgente
olvidar esta aislada tristeza solo mía.

Yo la tuve tan cerca y hoy no puedo creer
que su alegría solo sonreirá en el engaño
de una fotografía y en sus palabras huérfanas
lloviendo en los papeles, convertidas en lágrimas.

Esta quietud de tiempo y esta falta de calles
me dejan ver, pensar nítidamente en vos
(ahora inalcanzable para mí, mutilado
de la tierra), gustar la única verdad.

Mi muerte no te dobla ni te quiebra los pasos;
mientras los puentes sigan allí, mientras las casas
mantengan sus protestas, es preciso marchar
sin lágrimas ni pozos, porque la urgencia azota.

No dejes que te aplaste el alud de los diarios
con sus diarias calumnias ni las televisivas
comedias donde somos terribles malhechores.
Si pudiera gritar ahora… si supieran…

Pero tengo tu voz; nosotros venceremos.
Será cuando me vuelvas a ver sobre campos
nuevos, sobre las nuevas veredas, sobre todas
las promesas del mundo. Allí estaré besándote.

La paz no se reclama por un altoparlante,
se siembra en los hermanos, se la construye a golpes,
porque nosotros vamos haciendo realidades
y nada es absoluto en ese movimiento.

Pusimos la sonrisa sobre los esqueletos;
el amor nos espera entre los arsenales;
el amigo nos da un abrazo de pólvora
y el hijo… ya lo sabe, él ya está preparado.

Aquí no hay más verdad que la lucha del pueblo.
Los pretendidos sabios "pacifistas" no logran
sino el anonimato, mientras el tiempo pasa
y se quedan al margen, que también es violencia.

Todo está por hacerse, por las manos de Todos;
lo demás es fracaso que acumula su historia,
lo demás es miseria reaccionaria y mortal,
lo demás nos obliga a vivir combatiendo.

No es tristeza, imposible de envolverte y seguir,
paso a paso, tus horas, cuerpo a cuerpo, saberte…
Y tampoco es distancia; es más allá con vos,
llevarte a mis silencios a contemplar lo eterno.

Me iré por cualquier parte, con el convencimiento
de encontrar un hermano, un barrio, un paredón
donde gritar ¡no es cierto!... No sé quién va a esperarme…
Me iré por cualquier parte y seré igual que el mundo.

Ya sé que en las veredas que nos atestiguaron
falta mi brazo, es cierto; pero no exactamente;
no solo te sostuvo como un tronco de sangre,
te dio fortaleza del amor más sencillo.

Ahora estoy presente, nunca te olvides de esto:
ahora es todo el tiempo para mí, para siempre,
no es tristeza y tampoco es distancia sin alas,
es un beso sereno de la muerte y la vida.

El traidor ya no duerme porque todas las noches
discute con los muertos; tantos hermanos que
no vendieron sus pasos, tantos que combatieron
aún sobre los filos de la tortura, aislados

pero llenos de vidas, cercados, pero haciendo
la libertad posible; los que aún no se quiebran,
son una larga fila de caras con preguntas,
con reproches sin lengua, con cenizas, con marcas…

El traidor ya no ve dónde acaba su deuda
ni lo verá jamás. La soledad le hará
un juicio interminable, sin esperanzas, claro,
porque su vida allí se quedará desnuda.

Pretendió estar a salvo de toda la injusticia
donde puso su grano de arena, su pantano,
y ahora, fugitivo de sí mismo, se aturde,
se deshace, se arrastra, ya no tiene remedio.

Tengo miedo del miedo que ataca por la espalda
de los más indefensos y tengo la confianza
de los pasos seguros, de los pasos hermanos,
de los más fuertes pasos… siento la valentía.

Bebo la valentía de nuestro vino amigo,
valentías promete y canto para hacer
que broten entre cuerdas sonoras, las desato,
las dejo en libertad… y no sé más de ellas.

Me entristecen los tristes románticos y solos
que no recapacitan y tengo la alegría
de los hombres alegres, de alegría golpeada,
de gloriosa alegría… de esperanza que impulsa.

Mantengo la esperanza, la sostengo, la salvo,
con pequeñas tareas, solidarias tareas,
tareas que te ofrezco, que le ofrezco a los nuestros,
que repito, que vivo… y no sé más de ellas.

De abajo no es lo mismo, no son los mismos ojos
ni las mismas palabras. Aquí la realidad
es incómoda, grave, pero se expresa a gritos.
Mientras nosotros vamos… vamos como puñales.

Pero Ellos televisan verdades de otros mundos:
navidades de lujo, niños rubios jugando,
neveras, Superman, sabios terratenientes
y agentes de la CIA mucho más elegantes.

De abajo no es lo mismo… fueron muchos los nuestros
que en la pequeña mesa de navidad callaron
y un silencioso acuerdo entre valor y lágrimas
y manos victoriosas izaron cada nombre.

Pero Ellos continúan escribiendo novelas
en los diarios, compinches de todos los desastres,
y mientras sus negocios crecen sobre las tumbas
alzan todos sus copas y brindan "¡por la paz!".

Yo tengo una guitarra oculta para vos,
sonando en tus compases. Se parece al martillo
que retumba en mi pecho cuando siento tu cuerpo.
Tiene no sé cuántas cuerdas enamoradas.

Yo llevo conmigo ese sonido diluviante,
por las calles cenizas, por las horas incendios,
golpe a golpe, obstinado retorno a tus contornos,
que no agotan mis manos, ellas llenas de mundo.

Mi guitarra que tiene la misión de ser eco
de los barrios, se apaga para que te duermas
en mis ojos, musita en nuestra breve fuga,
atardece hasta el sueño, contempla nuestra noche…

Mi guitarra que viene con resonancias férreas,
con páginas recientes, inyectada de gestas
cotidianas y cruces de madera flamante,
se transforma al tocarte con sus tímidas alas.

La mentira se siente a través de los poros,
llega hasta nosotros con su mensaje y choca
contra todo y se rompe a la vista del mundo
desnuda ante los hombres y en manos de la burla.

Así mintieron Ellos, como todo un proyecto,
como una invocación a un Dios de carnaval;
montaron su escenario de grandeza y poder
y ahora son masticados por el hambre del pueblo.

Así mintieron porque sus sillones estaban
construidos al margen de la única verdad
y sus zapatos eran de importación sangrienta
y sus vestidos eran un robo muy antiguo.

Así fue que tomaron la mentira de pólvora
y salieron callando realidades a tiros
pero la verdad viene con letras infinitas,
mucho más que tres A que son tres esqueletos.

Dios solitario

Yo inventé tu ternura cuando subí a las aguas
del cielo, mientras dabas de comer a los muertos
y vibré por tus ojos junto a los nubarrones.
Tu cuerpo estaba lleno de seres infinitos.

Yo inventé el movimiento del trueno en tus palabras.
Se conmovían, como las hojas, los castillos
de los cerros lejanos, como de papel (¿cómo
fue que caí mirándote hasta llorar de frío…?).

Yo inventé la destreza de tus cabellos negros
y con ellos volaba también, como una ráfaga,
con ellos percibía lo que nunca jamás,
y anochecí con ellos, lejos de la tierra.

Yo inventé, fue muy fácil, tu desesperación.
Fue como la locura del viento en las ventanas
y después fue la calma, la luz vital, la hora,
el regreso a los viejos caminos de los hombres.

Juntemos nuestras fuerzas prohibidas por decreto
del circo ejecutivo, malos malabaristas.
Que ya no nos sorprendan, pensativos, gastados,
ensimismados, solos, masticando impuestos.

Que nos cobran por vida, con condenas dispuestas
para quien se negara a dejarse robar.
Riámonos de cada ministro del absurdo
y riámonos juntos, desastre por desastre.

Pero también juntemos el buen inconformismo,
la saludable bronca y hagámosle una huelga
a la empresa Injusticia Sociedad Anónima
(y la oficial justicia nos abrirá sus celdas).

O mandarán la muerte con sus autos cargados
de animales armados, con sus anteojos negros.
Juntémonos ahora. Acerquemos el no
del pequeño individuo a **nuestro no** implacable.

Mi tristeza pequeña no sale en los diarios
me da vergüenza. Es cierto, me retiene un minuto,
adentro de mí mismo, me retrasa el reloj,
hace lentos, un poco, mis pasos, como enfermos.

Ella es así de inútil. Ella es incomparable.
La miro en el espejo del té que he preparado.
Se parece a una lágrima que escapó del océano
mientras se alzan las olas altísimas y graves.

Y se olvidó del pibe que jugaba conmigo,
de su madre, del barrio, el Negro, el que les fue robado.
Ella es así, egoísta, como un ser interior.

Pero nada ha cambiado, nada se detuvo,
mientras ella duraba en su instante impreciso…
Y ahora estoy despierto, con el Diario en la mesa,
termino con el té, abro la puerta y salgo.

Yo no quise salvarme sino del egoísmo,
quise hacer con mis venas una comunidad
de vida y esperanzas; quise amarte; luché
para enterrar el odio y odié como un soldado.

De la paz que no nace con su libertad única.
Comprobé los engaños fatales como están
sometidos millones de hermanos, milenarias
tristezas, donde muerden los dientes dominantes.

Comprobé la dulzura cuando fuiste mujer
de mis combates, cuando vi más allá
mirándote, menuda, compañera infinita
y descubrí la madre del hombre nuevo, andando.

Yo no quise salvarme sino de la traición
de la cobarde fuga, de la filosofía
de los desentendidos, cómplices del sepulcro;
entonces, sus gatillos, sin querer, me salvaron.

Parece que el dolor limpiara los prejuicios
e hiciera más heroica la alegría de nuestro
ir y venir, saltando del amor hacia el odio
más humano que nunca, en esta Patria enferma.

Y parece que aquellos divertidos señores,
evadidos, "pacíficos", enamorados del aire,
se burlan de todo, desvergonzadamente,
como jocosas bestias que no ven los barrotes.

Giran horas felinas en torno del desnudo
prójimo; giran sueños a precio inalcanzable,
giran farsas eléctricas que le rozan la frente;
¡no se puede esperar otra cosa que el fin!

¡De la paciencia! Nada más que arrojarse ardiendo
sobre los enfermizos huesos de esta miseria.
Abrir los ojos. Nada más que cambiar el confort
tan descomprometido, por el combate a muerte.

Estamos construyendo milicias de alegría
con banderas que tienen el aliento del pueblo,
con soldados que visten como saben las calles,
con armas de justicia que la historia reclama.

Alegres son las horas que buscan liberarse
las veredas tan claras de los pasos seguros,
en fin, todas las cosas que componen la lucha,
la pasión conductora y hasta el dolor frecuente.

Y también tu pequeña dulzura desprendida
en las habitaciones, tu cuerpo en sus terrenos
de específico amor y el aire de tus actos
donde te identifico y me acerco a besarte.

Atacaremos pronto llevando esta alegría
a suplantar el odio, la vergüenza y la burla,
y el nido gobernante será desalojado
y arrojado al desprecio para pagar su crimen.

Voy a darte una vida y así renacerán
los pequeños rincones del amor que se quedan
como puertos soñados y pañuelos ya lejos,
y sus minutos, sus calendarios de nunca.

Y mientras tanto yo seguiré forcejeando
entre los corredores subterráneos, húmedos,
apoyado en la llama silenciosa que quiero,
como bosques fantásticos que incendian mi mirada.

Pero entonces mis brazos cargarán su sonrisa,
las calles cotidianas extrañan su paz,
traspasaré corriendo los horarios y máquinas
hasta besar sus ojos que estarían buscándome.

Lo parirá tu risa… y el país será el mismo
y la misma mañana y el mismo techo, es cierto…
pero habrá otro motivo… y la liberación
llegará para vernos a los tres combatientes.

Respiraré estos aires, en fortines de barrio.
Beberé en estas copas el vino y la amistad.
Voy a amar a la hija de la revolución
que tiene el sol, y el mar, y el pan, y la ternura…

Y así, comprometido, enlazado a las vidas,
entonaré la fuerza y elevaré mis armas
con millones de brazos violentamente puros,
sencillamente humanos e invencibles, resueltos.

Y el lenguaje serán las palabras del alma,
las banderas serán combativos recuerdos
y proyectos sonando como cuerdas, metales
y labios torrenciales bramando libertad.

No imagino derrotas porque no queda tiempo
sino para buscar las llaves victoriosas
ni imagino la muerte porque nosotros somos
la vida que se queda repitiendo su sangre.

El drogadicto ha muerto, pero no por la droga:
se cayó de la época, quedó petrificado,
fue arrojado al vacío de su ensimismamiento
y lo absorbió la tierra como una polvareda.

Mientras la humanidad va mordiendo caminos,
mientras todo transcurre a través de los cuerpos
que se han embanderado, mientras la vida pasa,
él se quedó en su invento, masticando un delirio.

No vio la salvación porque miró su espejo.
No encontró un compañero porque quedó encerrado.
No escapó de su tumba porque ya era difunto.
Y erigió entre esqueletos su triste idiosincrasia.

Perdió la juventud en ese estancamiento.
Perdió la fuerza, el habla, se volvió indescifrable.
Le tendimos las manos y creyó que eran nubes.
Él, junto con nosotros, fue malcriado aquí.

Peleo porque tengo madre, padre, hermanos
y multitud de labios familiares al grito
que reproduzco y amo y soy, como la música
del aire entre las hojas del mundo, entre las almas.

Muero porque las manos repartan sus espigas
y, hechas signos aéreos, amenacen victorias,
destrocen los proyectos del hambre y sus disfraces
y disparen al pecho del inmenso asesino.

No es posible callar ni encarcelar los barrios
ni al hombre de las fábricas que hace temblar cadenas
ni al labrador que sufre protesta del sol
ni al poeta que late con esos corazones.

Peleo y muero y vivo más allá de mi cuerpo
y a vos quiero ofrecerte mis hondas propiedades,
y a través de los días me quedaré desnudo,
como recién nacido, cercano a la pureza.

Padre nuestro que estás en la cárcel, hermano,
hijo simple de madre sencilla con su miedo
reunido entre fantasmas reales e irreales,
tu silencio nos rompe los oídos a todos.

Maldito desayuno de picanas el tuyo.
Maldita soledad que quiere entrarte.
Contra los cuatro hielos de la pared pelea
tu corazón en llamas, tu pasado de fuego.

Recibirás acaso la solidaridad
que pusimos en grandes cajas y escribimos
sobre papel caliente. Recibirás también
la fresca admiración de la juventud nueva.

Sabemos que lograste vencer con toda el alma
los interrogatorios, mostrándonos el modo
de la inmortalidad. ¡Bailaremos juntos!
No olvides que una celda no puede con un Hombre.

Pronunciamiento militar (24 de marzo de 1976)

Muy bien: pero ¿qué harán con todo su armamento?
"Cristianas" correcciones, remiendos a balazos,
explotación abierta y sincera, colonia
sin demagogia alguna, sometimiento en regla.

Los viejos gobernantes emitieron balidos
de desaprobación, minutos antes de
instalarse en sus cómodos refugios. Y los "nuevos"
apenas los corrieron con ladridos formales.

Aquéllos no pudieron prolongar su Mentira.
Éstos no lograrán instituir su verdad
desamparada, enferma. Éstos y aquellos son
diversos pataleos de un mismo moribundo.

Pero en esta disputa grotesca de payasos
hay un enorme ausente que a su debido tiempo
definirá su grito. Miradas silenciosas,
millones de fastidios, populares angustias.

"Estos callos nacieron, señor, en pocas horas.
Yo apenas si podía sostener adoquines,
la pala me pasaba por algunos centímetros,
la mugre me picaba menos que la barriga.

De vez en cuando, el Flaco me convidaba un pucho
y con eso tiraba (y ahora que lo nombro
se me viene su muerte como una pateadura).
Pero lo mejor era escuchar las campanas

de las doce en la Iglesia, cuando los dos largábamos.
Nos íbamos charlando de cualquier cosa alegre…
Casi siempre nos dio vergüenza la verdad;
a veces, preferíamos mentirnos a conciencia.

Yo no sabía nada. Pero el Flaco sabía.
Él cumplía los veinte y veía más lejos.
Al Flaco lo llevaron mientras yo los miraba
como un pobre infeliz… ahí nacieron mis callos".

Son unos pocos pasos que me llevan al barrio,
cruzo el último asfalto, piso el barro, miro
los pajonales donde jugábamos desnudos
para saber si allí siguen las mismas caras,

limpias de tierra y sol y enfermas de ilusiones,
para saber si aún sonríen contra el mundo
y acaso puedo ser otra vez uno de ellos,
habitante del charco, puro niño; inocencia.

Hay que vivir aquí y escuchar el silencio;
hay que ver aquí la ausencia colosal
y cómo las casitas se acurrucan de frío
cuando, lejos, se encendieron las primeras estrellas.

Sobre unos pocos pasos que atraviesan distancias
ridículas, regreso, sin querer, todos los días
buscando explicaciones y me quedo cargado
de abismos. Y mi nombre se me olvida en la calle.

Me buscaste la vida inútilmente… basta.
Recorriendo, de sombra en sombra, la ciudad
inconsolable, su marcha y esa misma pregunta
que no te respondían, por miedo o esperanza.

Y allí viste mi sangre como el fin y el principio
más duramente atados; tus pies que soportaban
la inexplicable ausencia y el sonido metálico
de la rueda del mundo, irrumpiendo siempre.

Pero ahora, las manos homicidas se abrigan
bajo alguna cobija o algún vaso cargado
o en el pecho afiebrado de una mujer vendida,
detrás de los silencios de la justicia muerta.

¡Qué va a pasar!... Qué pasa. Qué harás con el recuerdo
y el sueño, con la luz empapada y amarga
de la lámpara, con las formas estrangulándose
con las cosas y el tiempo… y el basta, basta, basta…

Nuestros soldados llevan la conciencia en el arma;
no van a defender el monopolio del hambre;
no es carne de cañón la esperanza del pueblo;
no son esos soldados que custodian las tumbas.

Y cada vez que vibran las cuerdas populares
para juzgar el tiempo hasta hacerlo temblar,
se alzan nuestras milicias desde ese mismo grito,
con esa misma sangre destinada a la lucha.

Se pelea o se muere como un títere viejo,
manoseado en las colas de eternos jubilados;
se tuerce la existencia hacia la libertad
o se silencia… enfermo, cómplice y condenado.

Como árboles o piedras, testigos impotentes.
Como breves insectos que son inadvertidos.
Creyendo en los favores del sol o de las flores.
Confundiendo un escaso resplandor de la vida.

Construyo mi salario con ocho aburrimientos,
con órdenes precisas que me cortan las manos,
con esta enorme máquina que odio sin entender
muy bien por qué, por qué me entierra y no me salva.

Los dientes que debieron suplantar mis dolores,
morder lo que no puedo morder con mis flaquezas,
masticar día y noche… por qué la han convertido
en mi enemiga, qué patrón fue el primero.

Debiera dar lugar, más lugares a mis sueños
y un mar de chocolate interminable al niño
que me espera con sus infaltables ausencias;
cómo es posible que me encierre más y más.

Pero sé oscuramente que algo mejor se acerca,
presiento que los años están de nuestro lado,
y, aunque cada tristeza nos envejezca un poco,
es nuestra juventud la que empuja y empuja.

"Te ofrezco mi pobreza, sentate con nosotros
aunque la mesa es chica. Ya va a cambiar el mundo,
no sé cómo ni cuándo, pero no cabe duda.
Estos tres son mis hijos y mi marido es ese,

el del cuadro. Sentate nomás. Ya te traigo el vino.
A mi casa vinieron siempre los perseguidos,
los que hablaba Cristo. ¿Sabés que soy cristiana?
aunque no tengo nada que ver con los obispos.

Pero no te avergüences; comé tranquilo, dale.
Le dije al atorrante de al lado que vos sos
mi sobrino. ¿Sabías que es cana? Es un vendido.
Siempre fue un pelagatos, lo mismo que nosotros.

Bueno –¡cambiá la cara!–, hay de todo en el barrio.
Ustedes, los muchachos, siempre son idealistas.
Los pobres diablos se pasan también al enemigo
y a veces lo comprendo… ¡Pero, che! ¡Reíte un poco!"

Todo queda encerrado, desertor, en tu miedo
y a partir de tu fuga hacia ninguna parte
este es el mundo: nada más que un espejo donde
no verás sino dos ojos vacíos. Nadie.

Me acuerdo que tu barrio ya sabía tu nombre
y tu nombre subía con las calles del barro
hacia el asfalto. Dabas por todos la respuesta
y besabas la frente de las casas del pueblo.

Hermano, me pregunto si es peor la tortura
que nos persigue a todos, la concreta picana,
o esa que hoy no te deja ni comer ni dormir
ni te permite amar, es decir, la vergüenza.

Yo sé que te faltó saber quién eras, sé
que hubieras soportado los mayores dolores,
como un hombre que es todos los hombres, compañero,
hermano, como un hombre para todos los hombres.

Han matado a Jesús durante veinte siglos.
Hoy lo clavan en cruces de alto calibre. Muere
pero sabe que saben lo que hacen. Y regresa
a la tierra rumiando las divinas puteadas.

Sabe también que no hay dioses entre los hombres,
que la piel ocasiona un deber prioritario
y es combatir aquí, conquistar este cielo
y estos campos. Jesús se hace hombre también

y entiende ese derecho de no morir desnudos
dejando que los ricos se ganen el infierno
matándonos los hijos y sembrando miserias;
entiende que no basta defenderse rezando.

Es necesario ser el minúsculo héroe
de todas las semanas, brindarse a la gran causa,
ser todos, ser nosotros, ejercer la justicia
y evitar que Jesús vuelva a morir.

María viene con estrellas en el pelo,
ella recién nacida de raza milenaria,
como si la empujaran los fantasmas furiosos,
aquellos mismos vientos, la llanura salvaje.

Pero lleva puesto su tapado y sus zapatos
vulgarmente modernos, para mentir que es buena,
perfecta occidental. Habla un buen español
para que no descubran su lengua vengadora.

María, que admitió mi mano blanca, sabe
que llevo yo también una máscara: nombre
y apellido y corbata y algunos papeluchos
de acuerdo con las leyes, por hoy mientras tanto,

seguiremos soñando poder amanecer
un día despeinados, desnudos y aborígenes
salir y caminar por Nuestras avenidas
y saludar a gritos al resto de la tribu.

Otra vez caminar pensando en vos… qué lentas
cuadras. Siempre muy lejos. Qué sordos paredones.
Qué puertas siempre de otros. Yo llevo la mitad
sufrida de mi cuerpo y el resto se me duerme.

Mi mirada dispersa, fotográfica, verde,
(son dos planetas verdes y un cielo verde) cae
sobre los empedrados. Pasa un niño linyera
y la junta, centavo tras centavo, como siempre.

Y un hombre que la mata con triste indiferencia.
Y un micro que la aplasta y la sepulta en humo.
No vayas a creer que no agradezco el día.
Yo solamente siento que le sos necesaria.

Cada esquina padece su hastío de bocinas.
También soy una esquina donde se cruza el mundo
y de algún modo estás más allá de estas cosas
ahora que imagino la hora del regreso.

Dale más que una cuna y la leche puntual;
comunícale todo lo que yo te diría,
lo que dejé en tu sangre, lo que pude olvidarme,
para que sienta lleno de voces mi silencio.

Que conozca a mis viejos amigos que reviven
mis gestos, mis modales, mi causa primordial;
ellos son mi alegría que se quedó en la tierra;
ellos son mi existencia duradera, mi historia.

Debe saber que fui, que viví en amor
militante, asumiendo los grandes compromisos,
las armas populares, los pasos libertarios.
Jamás tendrá vergüenza de mi vida y mi muerte.

Dale más que una madre; dale un padre, un amigo
y que crezca en tu lucha sonriente. Mientras tanto,
mi aliento llegará, llenará tus oídos
y correrás a verlo, mamá, con mi mensaje.

A vos este animal, que se libra del saco,
se desprende del odioso botón de la camisa,
la funesta corbata, los pobres mocasines…
Dedicado a tus pocas horas de vida, Yo.

A Vos también el hombre, también el chiquilín,
el que se cuida tanto de confundir los viejos
tiroteos de plásticos con otros más reales;
dedicado a tus horas llenas de vida, Yo.

A Vos todo promesas, todo futuro, todo
cantares victoriosos, aún en las cenizas,
y las honradas manos que por todo eso luchan,
dedicado a tu vida de horas intensas, Yo.

A Vos perdón si acaso alguna vez he sido
fuerte, si me salieron mal las cosas, si fui
un poco olvidadizo, si me distraje un poco…
Dedicado a tu simple y horaria vida, Yo.

Esta mañana tiene los bolsillos vacíos,
manos blancas y heladas, suspiros y veredas,
bocacalles-soldados y una lluvia llorando
la ceguera del cielo. Tal es nuestro paisaje.

El café, menos dulce, detrás de la ventana.
Los grises cavadores de zanjas y los perros
se están mojando. Pasan soberbios automóviles
y paraguas con sombras… y las puertas, cerradas.

Se enfermarán de invierno hasta las sepulturas.
No quiero ni mirar las goteras del techo.
Mis ojos se quedaron pegados en el vidrio
y eso es malo. Mi silla, dura. Mi tos. Mi horario.

Esta mañana tiene tanto miedo que tiembla
hasta la última hoja. Hay sirenas. Hay hombres
que no entienden ni medio. Y los otros, pobres, que sí,
que entienden lo que pasa. Tal es nuestro paisaje.

"Me peinarán ahora, me teñirán las canas,
pero yo me pregunto cómo voy a salvarme
del cáncer. Me dirán frases grandiosas,
me estirarán la piel… pero me estoy muriendo.

Cómo hacer en semanas lo que fue olvido siempre.
Cómo vivir ahora lo no vivido. Puedo
morirme de vergüenza. Yo puedo confesar
que advierto la pobreza de mi doble apellido.

No espero a nadie. Nadie llega. Solo los médicos
que he contratado. Todos comienzan a olvidarme
o tal vez sí recuerden mi vieja egolatría,
mi modo despectivo de hablarles, mi riqueza.

Ya me duele el vacío de mí misma. Soy carne
y huesos. Lo demás quedó en los escritorios,
son ruinas de papel sellado. Y me duelen
todos los espejos de mi casa. Estoy muerto".

El enemigo vino a buscarme a esta casa
por orden del Señor, amo de este castillo
que se cae a pedazos. Mandó su policía,
fieras domesticadas que no saben por qué.

Los que no saben nada, con mordazas y esposas,
no me dejaron ver las paredes, los muebles
ni tu fotografía… y era la última vez…
y de un golpe me echaron hacia no sé dónde.

Yo esperaba la vida, nada más que la vida.
Abrir los ojos y reencontrar tu mañana
y besarte otra vez, para empezar de nuevo
y volver a la espera de tu vientre, del mundo…

Pero he sido robado. Vaciaron mis bolsillos,
vaciaron mis arterias y me dejaron solo,
aquí, sobre el recuerdo, sin otro sentimiento,
sin futuro, sin manos; ellos… que nada saben.

Hermano, este silencio en que nos acercamos
otra vez, tiene nuevas preguntas y esperanzas;
las cosas se vistieron de tiempo con nosotros
y la mentira escrita se desmenuza y cae.

A este rincón arriban, paso a paso, las horas.
A esta mesa se arrojan las páginas del mundo.
Aquí llueve y aquí también se quema el aire.
Vienen a vernos, ya, las lejanas miradas.

Hoy se prolongan nuestros antiguos sueños
y las viejas sonrisas… todo trajimos; todo
lo alzaremos mañana como sagradas armas
y flameando estaremos en el mástil guerrero.

Nosotros, compañero, tenemos en común
lo indescriptible, somos desde profundas semillas
y moriremos juntos, como dos gotas caen
a la sed de la tierra, culminando este abrazo.

Soy yo, te miro, hermana; soy ahora murmullo
y estoy entre las hojas y los vientos, tan cerca
de vos como del tiempo donde volqué mi sangre
para hacerlo tan nuestro que al fin se nos parezca.

Yo te beso la fuerza, la esperanza, la risa,
y miro con tus ojos las manos de la tierra
y bebo con Él, tierno, la dulcísima leche
y el agua de las lluvias, como una espiga nueva.

Qué alegría tus pies por la casa del barrio.
Allí me comunico otra vez con la urgencia.
Los viejos charcos siguen desnudando batallas.
Las maderas y chapas y el sol están en guerra.

Cómo podía yo olvidar esta cita,
esta prolongación del amor, esta herencia…
Ahora que, más puro, solo soy desde el alma
y todo lo que fuimos se hace azul, compañera.

Te acercás a nosotros y comenzás la cuenta
del nuevo calendario, con números forjados
en la fábrica diaria, sobre el papel y el humo,
y eso te llevará de combate en combate.

Las problemáticas selvas de la ciudad se abren
frente a tus pies que apuntan desde pisadas firmes;
con su habitual idioma te saludan las casas
y, aquí mismo y ahora, te requiere tu hermano.

Todo es tuyo en la lucha porque todo es lo nuestro
y en esta propiedad no hay engaño, no hay redes,
porque desde las células solidarias crecemos
y con amor común, real, nos expresamos.

Acercate a mirar con los ojos del pueblo
las etapas humanas y a señalar obstáculos
que tienen de argumento las inútiles rejas
contra nosotros, ríos, aguas empecinadas.

Esperame en cualquier respiro de las horas
como en la retirada de las olas continuas
o como en un pequeño domingo improvisado
porque yo vuelvo a vos de un instinto ansioso.

Como vuelvo a mis juegos, desprevenidamente.
Como levanto el vaso de vino entre guitarras.
Es como si escaparan a bailar mis latidos
y encontraran, entonces, el viento de tus labios.

Sos música que aprieta, que se materializa,
se convierte en mujer y se duerme en mis manos.
Pero tu cuerpo tiene fronteras que no mide
cuando vive en el ritmo convencional del mundo.

Yo soy un habitante más, común, en tu ciudad
que vuelve a vos y canta y ríe y vuelve a vos
y al amor que se escribe con letras absolutas
como regreso al roce, tan simple, de tu boca.

La paciencia se acaba cuando muere un hermano
y cuando la tortura democrática muerde
testículos y labios y besos, compañeros.
La paciencia se acaba y el límite es el arma.

Nosotros que sentimos, vacío, inexplicable,
el lugar que ocuparon los que dieron todo
¡cómo carajo vamos a ensuciar esos cuerpos
negociando banderas por centavos políticos!

Somos los herederos –y no nos cabe duda–
de cada combatiente que dio llamas profundas,
el fuego que se siente llevando zapatos,
los músculos, la voz, abriéndonos camino.

La paciencia se acaba y no es rebeldía
que se inventa en las torres de teóricos marcianos,
sino un grueso alarido con una edad de siglos,
el grito que este pueblo propaga a su manera.

En cualquier parte estamos, nuestro combate es siempre
y no se desentiende ni un minuto ni un beso;
y el impulso rebelde y la búsqueda simple
de lo que no tenemos, son disparos gastándose.

Los gatillos se alistan desde cada ventana
–nuestras paredes tienen grabada esta presencia–
y entre los engranajes de la máquina diaria
están las dentaduras de la revolución.

Y en la escoba aburrida de tanto polvo inútil
y en el juguete azul con que soñaba el niño
y en la gris matemática que ordena la rutina
y en el martillo hastiado de dar golpes hambrientos.

¡Es esta la increíble multitud subversiva!
Señor: compre más cárceles, más cárceles, más
que el Norte se las vende por miserias y muertes;
nosotros ya sabemos que es su inversión final.

Hay estado de sitio también para tu risa;
se quedó dando golpes en guaridas y noches;
retrocedió matando –como pudo– la muerte;
ya no está –solo hay máscaras– a la vista de todos.

Ella es la militante que persiguen sin tregua.
Ella dejó la casa de las anchas ventanas.
Anda resucitando, recreando minutos.
Parece una milicia de guerrilleros blancos.

Así lo decretaron nuestros excelentísimos.
Ese salario humano tampoco es suficiente,
también hay que pelearlo, como a pesos vitales.

Y más trabas, más trabas… ¡pero qué mierda quieren!
Tu risa va descalza por un campo minado,
va burlando tragedias; se parece a la vida
que tiene diez mil años de sitio y sigue y sigue…

No retrocederemos porque somos semillas,
vigorosas verdades invadiendo ciudades
y campos y caminos y vías humilladas;
y el habitante oscuro saldrá de su sepulcro.

Nosotros con el grito total, amanecido
con su hermoso rencor y su amorosa furia,
como una nueva industria de producción rebelde,
como un gran yacimiento de promesas de carne.

No es lógico pensar que el pueblo retroceda
a más baja injusticia, a peores maldades,
ni con balas legales ni inflación ni mentira,
porque no es aceptable semejante tratado.

Escucharemos pronto truenos definitorios,
la Patria encrucijada bramará como un río
callejero, poblador sin restricción ni horario,
llevando en sus banderas la sangre derramada.

Nota del editor

Los últimos poemas fue editado por primera vez en 1992, dentro de la colección Todos Bailan (vol. 142) de Libros de Tierra Firme, dirigida por José Luis Mangieri; a propósito de un trabajo de selección de material inédito realizado entre el editor y la hermana del poeta, Claudia Favero. El libro se presentó en el Salón de Actos del Colegio Nacional de La Plata con un panel compuesto por Daniel Efes, Alejandro Incháurregui, Marita Minellono, Mangieri, Carlos Aprea y Graciela Sandoval.
En 2020, *Los últimos poemas* fue reeditado por Edulp dentro del volumen *Poesía y militancia: historia y obra de Daniel Favero*, coordinado por Melisa Carnabali.
Agradecemos a Claudia Favero y a Melisa Carnabali por su predisposición para que los poemas de Daniel formen parte de estos *Versos aparecidos.*

Diciembre de 2022

Axel Kicillof

Gobernador de la Provincia

de Buenos Aires

Verónica Magario

Vicegobernadora de la Provincia

de Buenos Aires

Julio Alak

Ministro de Justicia y Derechos Humanos

de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos

de la Provincia de Buenos Aires

DERECHOS HUMANOS | MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

colección

Versos Aparecidos

Otros títulos de la colección:

Versos Aparecidos, Carlos Aiub.
Dolores, bufandas y recuerdos, Mónica Morán.
Un minuto de historia, Miguel Ángel Gradaschi.
La niña que sueña con nieves, Luisa Córica.
Banderas reunidas, Imar Lamonega.
Una sangre para el día, Dardo Dorronzoro.

Las y los invitamos a leer este poemario. Los compañeros y compañeras desaparecidas eran militantes, eran padres, madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, eran personas comprometidas con su tiempo, eran personas que amaban. Estas poesías fueron rescatadas por sus familiares luego de la desaparición de sus seres queridos. Entendemos que es una de las responsabilidades del Estado garantizar que las memorias del pueblo no se pierdan. Y por ello creemos que la mejor forma de hacerlo, está en poder darles hoy a las y los poetas desaparecidos, la oportunidad que les fue truncada: que sus poemas sean publicados.

Desde la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires editamos esta colección de *Versos aparecidos* para garantizar la memoria, porque un pueblo con memoria es democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos
Provincia de Buenos Aires

7

LOS ÚLTIMOS POEMAS

La colección *Versos aparecidos* es el resultado de una búsqueda detectivesca de poesía inédita, perdida, escondida o silenciada por efecto del terrorismo de Estado.

El rescate y la difusión de literatura producida por la militancia perseguida, desaparecida o asesinada durante la última dictadura y el período previo, completa el trabajo reparatorio que ejercen las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. También permite revalorizar el lugar que cada compañero y compañera ocupaba en su vida cotidiana. Los poemarios que componen esta colección funcionan como portales hacia los deseos y sueños más íntimos de sus autores. *Versos aparecidos* propone constituirse en legado para las generaciones nacidas tras el genocidio y contribuye a comprender desde una percepción ampliada, los procesos históricos actuales.

Siguiendo el rastro de textos inaccesibles o censurados, así como de libretas y papeles que forman parte de archivos familiares, *Versos aparecidos* realiza un trabajo de edición literaria y poética, no documental. La colección se propone recrear el vínculo de trabajo imposible entre autor y editor, mientras recupera a las y los poetas del silencio, no del olvido que nunca los ha alcanzado.

colección
Versos Aparecidos

M V J
EDITORIAL
MeVeJu
Derechos Humanos PBA

ISBN 978-631-90009-1-7